

XXVIII PREMIO JAÉN DE NOVELA

# EMILIANO MONGE

## El cielo árido



LITERATURA RANDOM HOUSE

*El cielo árido*

EMILIANO MONGE

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

*A Damián García Vázquez*

I am one, my liege,  
Whom the vile blows and buffets of the world  
Have so incensed that I am reckless what  
I do to spite the world.

W. SHAKESPEARE, *Macbeth*

## LA RENUNCIA

Ésta es la historia de un hombre que sin saberlo fue su siglo y la de un lugar que se condensa aquí en un nombre propio: Germán Alcántara Carnero. Una historia de violencia incontenible y natural que exige ser contada como una biografía discontinua y que no debía empezar aquí: el 13 de mayo de 1956, minutos antes de que el sol se pose en el cenit y las mujeres corran las cortinas en sus casas, a la hora en que recogen las exiguas nopaleras a las sombras que arrastran como capas y las aves vuelan a esconderse entre las grietas de los muros encalados y en las ramas que hace poco renovaron su follaje, sentado en su oficina, una oficina desprovista de detalles, de cuidados y de lujos, Germán Alcántara Carnero, el primer y único hijo que tuvieron Félix Salvador Germán Alcántara Arreola y María del Pilar y del Consuelo Carnero Villalobos, atestigua la hora en que se encuentra como si ésta fuera el atlas de su vida: ha imaginado este momento tantas veces que no cree que haya llegado, que no cree que finalmente esté pasando.

Por fin acabo con todo esto, piensa Germán Alcántara Carnero y en su alma una docena de emociones aletean como aletea una parvada cuando se alza de la tierra. Ya era hora de que todo esto acabara, insiste este hombre al que encontramos hace apenas un momento y cuyas manos aho-

ra trazan una línea imaginaria en su escritorio: en este lado está la vida que he llevado y en este otro la existencia que ahora empiezo... acá quedan el coraje, el odio y la tristeza y allá aguardan la esperanza y el consuelo. Sacudiendo la cabeza y aplaudiendo Germán Alcántara Carnero, a quien vamos a seguir durante toda esta historia, una historia que no habrá de acontecer continuamente pues es antes que una historia una vida y de una vida importan sólo los instantes deslumbrantes, borra la línea imaginaria que trazara en su escritorio y observando un pequeño brazo de hojalata se extravía en la dilatada perspectiva de una brecha que conduce hacia un jacal en cuya puerta hay dos mujeres que de pronto se deshacen: golpea una mosca el rostro de Germán Alcántara Carnero y el pequeño brazo de hojalata que conserva de los días de su infancia vuelve a ser sólo un objeto.

Borracha de calor, la mosca que sacó de su memoria a este hombre al que observamos traza una espiral en el espacio y se posa en un pesado armatoste que remata el escritorio por la izquierda: hace ya un montón de tiempo que las aspas de este gris ventilador que bajo el polvo fue amarillo no dan vueltas, hace ya un montón de tiempo que Germán Alcántara Carnero debería haberse deshecho de este objeto: no podía, sin embargo, deshacerse del regalo que le dio Anne Lucretius Ford el primer día que visitó esta oficina. En la memoria de este hombre, a quien también referiremos de esta forma: nuestro hombre, es decir: en la memoria de nuestro hombre el ventilador sucio y descompuesto echa a andar este recuerdo: da la vuelta nuestro hombre en el pasillo de allá abajo y levantando la cabeza

ve a Anne Lucretius Ford subiendo la escalera, arrastrando la caja que contiene el aparato que él dejará hoy en este sitio. Tú no cabes en la vida que hoy empiezo, afirma Germán Alcántara Carnero observando las tres aspas oxidadas pero haciendo referencia en realidad a Anne Lucretius: ¡tú no cabes en la vida que hoy empiezo! Sacudiendo la cabeza nuevamente nuestro hombre convierte el ventilador en un ventilador y vuelve hasta el instante en el que estamos: no debo pensar en mi pasado... hoy sólo quiero imaginarme lo que sigue.

Porque hoy empiezo nuevamente, afirma nuestro hombre a voz en cuello y sin dejar quieta aún su cabeza insiste: no debo pensar en mi pasado... hoy no necesito recordarlo... hoy todo empieza nuevamente. Cuando Germán Alcántara Carnero por fin deja quieto el cráneo ya se ha convencido de que Anne Lucretius Ford se ha marchado y de que no habrá otro recuerdo que abandone de repente su pasado y se entrometa en esta hora en la que se halla, en esta que es su hora más deseada. Una mosca diferente a la anterior, sin embargo, cruza enfrente de los ojos de nuestro hombre, que curioso como es sigue su vuelo y posa luego la mirada en el retrato de Teobaldo Pascua Gómez. Viendo la nariz del que un día fuera su jefe, sus dos pómulos rocosos, sus dos sienes macizas, sus cejas encrespadas, su cabellera deslucida, su quijada sin mentón y su mirada hueca y fría, nuestro hombre se consiente: hago muy bien en marcharme... si me quedo yo tendría la misma suerte... acabaría como acabaste esa mañana que subimos a la sierra a destruir aquella iglesia. Por suerte para el hombre que es nuestro hombre la mosca alza otra vez el vuelo y comprendien-

do que empezaba nuevamente a recordar Germán Alcántara Carnero también alza los ojos del retrato de Teobaldo, aprieta luego en puño las dos manos y en voz baja se regaña: no debo pensar ya en nada de eso.

No debo pensar ya en nada de antes de este día... es éste el primer día de los días que me quedan, afirma nuestro hombre paseando sus dos ojos por la pared que tiene enfrente y viendo allí las cosas que hay colgadas: un par de cuerdas gruesas, tres cadenas, seis candados, un serrucho y varias herramientas de dentista, se sonríe por vez primera en varios meses y otra vez se dice, a las 12.33 del 13 de mayo de 1956, a la hora pues en la que el sol toma el cenit y el mundo es desprovisto de sus sombras: de ese lado queda la existencia que he llevado y de éste la que ahora mismo empieza... aquí quedan pues el odio, la tristeza y el coraje y aquí aguardan la esperanza y el consuelo... allá dejo a los seres que he privado de aire y acá a los seres que un día quizás insuflaré de aire. Alimentando su sonrisa, echando al mundo una sonora carcajada y azotando en su escritorio las dos manos, unas manos que conviene ahora anotar: son unas manos gigantescas y fibrosas, unas manos desmedidas que parecen haber sido diseñadas para ahorcar o desgarrar o desmembrar, Germán Alcántara Carnero corta en dos el frío silencio suspendido en su oficina como corta en dos su vida la hora exacta en la que estamos: hoy comienza el tiempo en que seré yo quien decida... no seré ya únicamente el que he podido.

¡Qué emoción que haya llegado este momento... que sea cierta esta hora... que por fin me esté marchando... cruzaré esa puerta y dejaré aquí mi pasado!, suelta Germán

Alcántara Carnero viendo ahora el picaporte color oro: voy en serio a olvidar todos los días que he vivido en este sitio... voy en serio a olvidar todas las cosas que han pasado en este sitio... no quiero estar después cargando con las culpas... no quiero estar después pensando en lo que hice... por qué lo hice... por qué hasta parecía que me gustaba... por qué no quise hacerlo de otro modo. Por suerte para el curso de esta historia, una historia que será mejor no asociar con esta idea: el curso, es decir: por suerte para los saltos de esta historia, aunque nuestro hombre cumpla con lo que ahora, sin dejar de ver el picaporte de la puerta, vuelve a prometerse, es decir: aunque consiga olvidar todas las horas anteriores a esta hora en la que estamos, aquí estoy yo para acordarme y remendar lo que haga falta: en mi poder están las hojas que un día escribió Germán Alcántara Carnero, los cinco testimonios que levanté entre sus muchachos, las noticias que en su día recorté yo de la prensa, las notas que tomé en su momento y el relato de los hechos que he debido imaginar para dar forma a esta historia: la historia de Germán Alcántara Carnero, de la región en que vivió y de la era que marcó a sangre y fuego, una historia que ya dije: no conviene asociar a esta palabra: curso, pues es antes que un continuo una galería de momentos.

Bajaré las escaleras y será la última vez que las baje... no quiero pensar de nuevo en nada de esto... en ninguna de las cosas que hice antes de este día, insiste nuestro hombre despegando su mirada del pequeño picaporte como despega un matarife el pellejo de las bestias y empujando atrás la silla en que se encuentra añade a voz en cuello: cruzaré después sin detenerme el pasillo y el salón del ministe-

rio... yo no quiero despedirme ni que me hagan una fiesta. Con los latidos agolpándose en su pecho y el espíritu colmado Germán Alcántara Carnero, un hombre tan flaco que dan ganas de tocarlo para ver si es posible atravesarlo, echa la silla en la que está aún más atrás y un instante antes de pararse grita, esperando que lo escuche algún chismoso: más les vale no tenerme una sorpresa... más les vale no haberme preparado nada extraño... fui muy claro cuando dije: ¡no organicen un festejo! Poniéndose de pie nuestro hombre deja que en sus labios aparezca nuevamente una sonrisa y pensando: tampoco pienso despedirme de estas cosas, gira el cuello y ve el mar de cosas que abarrotan su oficina: más que haber sido acomodadas parecerían haberse ido acumulando, apilando como se apilan las cosas que no se usan: dejaré aquí estas cosas... aunque quizá podría llevarme alguna... para qué querría un sillón desvencijado... podría servirme este archivero... para qué esta vidriera y este baúl descoyuntado... podría llevarme este reloj y esta cadena.

Me llevaré sólo las cosas importantes, se dice, tras pensarlo un momento, nuestro hombre, a quien también vamos a decirle a partir de ahora: Nuestrombre, es decir: me llevaré sólo las cosas importantes, se dice, tras pensarlo un segundo, Nuestrombre, que dando un paso para atrás inclina el cuerpo y alza una caja que ayer trajo a esta oficina: así que antes de hoy Nuestrombre había ya decidido irse de aquí llevándose una que otra cosa: sacarás sólo las cosas importantes. Sin pensar de nuevo cuáles cosas debería hoy llevarse Nuestrombre apura dentro de la caja que ha alzado del suelo un par de sobres, unas llaves anudadas con un la-

zo, el pañuelo que quitó a Camilo Mónico el Demónico Macías Osorio tras su muerte, el cinturón que Anne Lucretius Ford llevaba el día que cayó herida, la piedra que según él esconde un fósil dentro y el pequeño bulto en el que guarda su abalorio: la bala que hace ya casi doce años le partiera el esternón, le agujereara luego un bronquio y se incrustara en su omóplato derecho. Visiblemente emocionado Nuestrombre observa el bulto que ha metido dentro de la caja, lo extrae luego con cuidado y colocándolo después en su escritorio piensa que éste es un buen momento para abrirlo: no lo ha abierto en varios años.

Con el bulto abierto como flor delante de él Germán Alcántara Carnero, este hombre que no cumple todavía sesenta años y que mide poco más de uno setenta pero anda tan erguido que aparenta ser más alto, este hombre en cuya boca la sonrisa se deforma de repente, extrae el proyectil que hace tiempo bañó en plata, lo sostiene entre los dedos índice y pulgar y viendo sus destellos se extravía en el recuerdo del instante en que fue herido: habían rodeado él y sus muchachos a unos hombres escondidos en la presa cuando dijo Nuestrombre: no se muevan de este sitio, desde aquí yo sigo solo. Aunque entiende que no debe continuar por el camino que ha tomado, Nuestrombre continúa recordando aquel día en que actuó de forma extraña: tras dejar quietos a sus hombres caminó hacia el arroyo y descubriéndose gritó a los cuatro vientos: salgan ahora de esa presa... que no ven que estoy aquí y que vengo solo... que aquí estoy yo esperando. Arrancando la mirada del destello color plata de su bala, sacudiendo la cabeza nuevamente y llevándose una mano al pecho Germán Alcántara Carnero

entiende que otra vez ha tropezado con su historia: no debería quizá sacar de aquí ninguna cosa... no debería llevarme ni esta bala, añade ahuyentando así el recuerdo del instante en que fue herido, un instante que será también diseccionado en esta historia, la historia de los instantes que alumbran la existencia de Germán Alcántara Carnero, una vez que haya llegado su momento.

No me llevaré nada conmigo... aquí se queda mi pasado... aquí se queda esta existencia... renuncio a esta existencia para poder tener luego otra. Sacudiendo la cabeza nuevamente Germán Alcántara Carnero insiste: me iré vacío de aquí para empezar luego a llenarme... no me llevaré ninguna cosa ni sacaré de aquí ningún recuerdo. ¿Qué pasará entonces si olvidas el motivo de tu marcha... si olvidando todo olvidas qué te empuja hoy a marcharte... si olvidas pues por qué te has ido y olvidando empiezas a extrañar esta otra vida?, se pregunta entonces Nuestrombre y al instante se responde: debes recordar siempre los motivos de tu marcha... llevar siempre contigo el recuerdo de las cosas que te hicieron dejar hoy el ministerio... debes llevarte pues de aquí las cosas que recuerden el motivo de tu fuga: esta bala color plata, el pañuelo ensangrentado del Demónico Macías, el cinturón de tela que llevaba Anne Lucretius Ford a la hora de su muerte, que llevaba puesto en esa hora en que no la defendiste... esa hora en la que no supiste cómo defenderla. Un calambre, más bien: un fuerte espasmo estremece a Nuestrombre en el momento en que éste guarda su abalorio y vuelve a verse en su pasado.

Está Nuestrombre escondido en una zanja, su respiración yace agitada y sus latidos tratan de alcanzarse unos a otros,

además su lengua es ahora un trapo y un par de sus dedos yacen atrapados en la herida ensangrentada que derrama el vientre de Anne Lucretius. Hablando en voz muy baja, podría decirse: casi murmurando, es decir: casi murmurando y acercando el rostro a la mujer que yace herida, Germán Alcántara Carnero asevera: no es tan grave como piensas... nada más no jales tanto aire... intenta respirar muy poco a poco. Doblando las rodillas pues no puede con su peso la mujer que estamos viendo cae al suelo y se contrae sobre la tierra apretando los dos párpados y abriendo luego los dos labios: no escuchamos, sin embargo, aunque habremos de escucharlo cuando esta historia esté en ese instante, lo que dice esta mujer pues Nuestrombre ha entendido de repente que aunque tiene que llevarse algún recuerdo no debe extraviarse en su follaje, aunque tiene que marcharse sacando de este sitio los motivos de su marcha no puede pensar en éstos ahora: voy a irme de este sitio... dejaré esta oficina para siempre. Metiendo adentro de su caja las dos cosas que faltaban: el tótem que robó a la familia Prieto Hernández la noche que cogieron a Ignacio del Sagrado Sandoval-Íñiguez Martínez y la moneda que conserva de los años que vivió en otra patria, Germán Alcántara Carnero asevera: así que así será también este marcharse.

Las cosas son las que han sido y no hay manera de que otra vez sean otras cosas cuando han sido ya de una manera, suelta Nuestrombre observando nuevamente el picaporte color oro de la puerta y al hacerlo, además de darse cuenta que lo dicho no tiene sentido, entiende que no puede ser ahora más certero ni tampoco más servil consigo

mismo: así que así será también este momento... así que así también serán los años que ahora empiezan... vendrán estos recuerdos de repente... asomarán en mi presente cada tanto... por lo menos ya no llevaré encima la culpa... por lo menos cargaré ya solamente la vergüenza... habré hallado el perdón y el consuelo... me habré ido de este sitio. Levantando la cabeza y transformando en esperanza el miedo a su pasado Nuestrombre deja de mirar el picaporte de la puerta y también deja que sus ojos se extravíen por la oficina: qué más da que tenga para siempre que acordarme de esos días... que tenga para siempre que acordarme de todo eso... lo que importa es que me largo... que hoy me marcho para siempre. Sonriendo y dejando que la luz que ha asaltado su ventana, afuera el sol ha rebasado ya el centro del cielo, ilumine su mirada, Germán Alcántara Carnero grita: ¡lo que importa es que hoy me largo... que tendré una vida nueva... que me marcho para siempre!

¡Que qué más da por qué me marcho... lo que importa es que hoy me largo... que tendré una vida nueva!, insiste Nuestrombre al mismo tiempo que pasea entre sus manos la pequeña caja en la que guarda sus recuerdos. Por qué habría de detenerme en mi pasado si hoy comienza mi futuro, añade Germán Alcántara Carnero aniquilando los resabios que aún pudieran ensuciar la hora en que estamos y sobre la que volvemos a advertir: es el comienzo de esta historia aún a pesar de que esta historia no debía empezar aquí:

el 13 de mayo de 1956, a la hora en que el calor somete al mundo y a los seres que lo pueblan, mientras se aleja el sol del centro de su imperio y los insectos duermen en los

sitios en los que antes se han posado, Germán Alcántara Carnero, a quien sus subalternos apodaron hace ya un montón de años como: el Gringo, es decir: el Gringo Alcántara Carnero, tras dudar de sí y de los motivos de su marcha saca el péndulo que forman su pequeña bala y la cadena que robó un día a Ignacio del Sagrado Sandoval-Íñiguez Martínez, enreda en ésta el más pequeño de sus dedos y ve girar su abalorio.

Es esto lo que tengo que hacer ahora, suelta Nuestrombre y esta vez son sus palabras una fuerza incontrolable, un magma incandescente que le escurre entre los labios y que así también: mientras cae ardiendo de sus labios, sostiene: es esto y no otra cosa. La mano de Germán Alcántara Carnero, de la que cuelga el abalorio, se despliega ahora como midiendo una cuarta imaginaria y así alcanza con la punta de un dedo la vieja cicatriz que en forma de araña le adorna el esternón a Nuestrombre. En la oficina en la que estamos el calor replica ahora al de afuera: es un calor que tras pegarse a las cosas las exprime: el suelo emana el olor de la madera, apesta a cuero la chamarra en el respaldo de la silla y hiede el baúl de hierro a cosas muertas. Tras un par de segundos que podría decir, si no fuera inútil anotarlos: fueron lentos, es decir: tras un par de segundos que podrían quizás haber sido lentos, la bala que aún sigue oscilando bajo la mano izquierda de Germán Alcántara Carnero, que subiéndola ha alcanzado ya la altura de sus ojos, golpea el sitio que partió hace ya un montón de años y la piel de Nuestrombre tiembla en un escalofrío. Sobresaltado el Gringo Alcántara Carnero aleja de su cuerpo su abalorio